

Ensayos Económicos

Reimaginando la banca central

Perry Mehrling

El debate sobre la supervisión financiera integrada:

¿Qué hay de nuevo?

Edgardo Demaestri y Gustavo Ferro

Desigualdad, profundidad financiera e impacto en la cuenta corriente

Jorge Carrera, Esteban Rodríguez y Mariano Sardi

Banca pública, banca privada y crisis: el Banco de la Nación Argentina como prestamista de última instancia entre la Primera Guerra Mundial y la posguerra

Andrés Regalsky y Mariano Iglesias

El debate sobre las crisis de subconsumo en la economía política clásica

Manuel Calderón

Jornadas Monetarias y Bancarias 2015

Premio Prebisch

Pateando el tablero: los países emergentes como dinamizadores de la economía internacional y sus instituciones

Germán Reyes y Facundo Sirimarco

Ganadores de los trabajos de la edición 2015

72

Junio de 2015



El debate sobre las crisis de subconsumo en la economía política clásica

Manuel Calderón*

UCEMA, UNLP y UBA (CIECE)

Resumen

El debate sobre las crisis de subconsumo de principios de siglo XIX entre Ricardo, Say, Sismondi y Malthus, da origen a dos tradiciones de pensamiento económico que continuarán oponiéndose hasta el presente: una basada en el principio de la estabilidad y la autorregulación de los mercados y la otra basada en el principio de la desigualdad entre la producción, el ingreso y el gasto agregados. Para la primera, el pleno empleo de los factores productivos y el progreso económico están asegurados en los principios del *laissez faire*, mientras que la segunda advierte sobre la necesidad de la regulación política sobre la economía para lograrlos. Este trabajo propone un recorrido por las ideas y escritos de las principales figuras que participaron del debate original.

Clasificación JEL: B1.

Palabras clave: crisis, historia del pensamiento económico, Keynes, Malthus, Mandeville, Say, Sismondi, Smith, sobreproducción, subconsumo, Ricardo.

* Quisiera agradecer los comentarios de los referís anónimos que ayudaron a mejorar sustancialmente este trabajo. Las opiniones vertidas en el presente trabajo son del autor y no se corresponden necesariamente con las del BCRA o sus autoridades. Email: mcalderon@ucema.edu.ar, manuel.calderon@econo.unlp.edu.ar.

The Debate on the Under-Consumption Crises in Classical Political Economy

Manuel Calderón

UCEMA, UNLP, UBA (CIECE)

Summary

The debate on the under-consumption crises of the early nineteenth century between Ricardo, Say, Sismondi and Malthus, gives rise to two traditions of economic thought that continue to oppose to the present: one based on the principle of stability and self-regulation of markets and the other based on the principle of inequality between production, income and expenditure aggregates. For the first, full employment of productive factors and economic progress are guaranteed by the principles of *laissez faire*, while the latter warns of the need for political control over the economy to achieve them. This paper proposes a tour of the ideas and writings of the leading figures who participated in the original debate.

JEL: B1.

Keywords: crisis, history of economic thinking, Keynes, Malthus, Mandeville, over-production, Ricardo, Say, Sismondi, Smith, under-consumption.

“Cuando un país está aumentando su riqueza con cierta rapidez, el progreso que sigue a este estado venturoso de cosas puede interrumpirse, en condiciones de laissez-faire, por insuficiencias de estímulos para nuevas inversiones”.

J. M. Keynes. Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero (cap. 23).

I. El problema del subconsumo para los economistas clásicos y su relevancia teórica actual

Este trabajo tiene como objetivo describir brevemente, y sin entrar en demasiados detalles de la historia intelectual, la discusión en torno al problema que planteaba el desequilibrio entre lo que hoy llamaríamos oferta y demanda agregadas, en el pensamiento de los principales economistas clásicos posteriores a Adam Smith (1723-1790). La importancia de la discusión acerca de la posibilidad de un estado de subconsumo general, que se dio principalmente durante la primera mitad del siglo XIX entre Jean Baptiste Say (1767-1832) y David Ricardo (1772-1823), por un lado, y Jean Charles Léonard Simonde de Sismondi (1773-1842) y Thomas Malthus (1766-1834), por otro, radica en que a partir de ella es posible ya vislumbrar el enfrentamiento de dos formas antagónicas de interpretar el funcionamiento de la macroeconomía y de definir las políticas económicas asociadas, formas que siguen distinguiendo a las dos grandes corrientes actuales de la teoría económica y que sin demasiada precisión podríamos llamar “del equilibrio” o “no intervencionista” y “del no equilibrio” o “intervencionista”.¹

Tal como sucede en la actualidad, el debate original estuvo en gran parte motivado por las frecuentes experiencias de crisis comerciales, depresiones económicas y aumento de la pobreza y el desempleo, y por las interpretaciones teóricas diversas acerca de cuál era la tendencia de largo plazo que estos ciclos permitían entrever. A su vez, estas interpretaciones daban lugar a diferentes recomendaciones de política y diseños institucionales y de gobierno, y en este sentido la diferenciación entre los economistas fue aún mayor.

¹ Otros autores contemporáneos también se expresaron sobre estos temas como, por ejemplo, James Mill, Lord Lauderdale, Dr. Chalmers, etc., pero aquí no los estudiaremos.

El principio de los mercados formulado por Say afirmaba, sobre la base de que toda producción está orientada por las necesidades de consumo y a su vez genera el ingreso suficiente para satisfacerlo, que no podían suceder episodios de desequilibrio entre la oferta y la demanda agregada. Bajo este supuesto, sólo es necesario que los gobiernos se aboquen a barrer las trabas que pudieran obstaculizar el libre funcionamiento de los mercados y la iniciativa de productores y consumidores, y el comercio libre, por sí solo, lleva a las naciones a alcanzar cada vez mayores niveles de riqueza y progreso.

Ricardo, por su parte, esperaba que el comercio internacional y el avance tecnológico permitieran dilatar en el tiempo los inevitables rendimientos decrecientes de la tierra, los aumentos del precio de los alimentos y los salarios, y la consecuente disminución de los beneficios del capital y los incentivos a invertir, considerando solamente como transitorios a los episodios de desequilibrio entre la producción y el consumo a nivel agregado. Al igual que Say, Ricardo compartía el principio de que el libre funcionamiento de los mercados y la promoción del comercio aseguran que se ajusten los niveles de producción con los de consumo, y se mantenga el pleno empleo de los factores productivos.

Contrariamente, Sismondi afirmaba que la creciente acumulación de capital y la continua introducción de maquinaria en la industria, con el consecuente aumento desproporcionado de la capacidad productiva en relación al consumo, podrían terminar generando una divergencia cada vez más importante entre la oferta y la demanda de una sociedad, ocasionando de este modo un excedente estructural de mano de obra y un aumento de la pobreza y la precariedad.² Sus recomendaciones de política consistían en diversas medidas redistributivas de ingresos y de regulación de la producción y el consumo con el fin de lograr un crecimiento equilibrado de la oferta y la demanda.

Malthus compartía con Sismondi su preocupación por la escasez de demanda y la atribuía al exceso de ahorro y acumulación por parte de los capitalistas pero, sin criticar la incorporación de maquinaria a la producción, proponía medidas de ampliación de mercados internos y externos, división de la propiedad de la tierra, impulso de las clases medias y políticas de aumento del empleo en sectores de servicios con el objetivo de expandir la demanda hasta que alcanzara una correcta proporción con la producción.

² Marx analizará en varias partes de su obra cuestiones similares a las de Sismondi en relación a la sobreproducción. En este trabajo decidí concentrarme en el debate original de principios del siglo XIX, dejando sin analizar las ideas que Marx tenía sobre estos temas.

Lo interesante de este debate es que estableció una de las grietas más amplias y prolongadas del pensamiento macroeconómico, que sobrevivió al progreso en los formalismos, las terminologías y los tratamientos de la evidencia empírica.

II. La rehabilitación del debate clásico sobre el subconsumo por Keynes

Uno de los principales objetivos de la *General Theory of Employment, Interest and Money* de 1936 de John Maynard Keynes (1883-1946) era el de criticar los supuestos teóricos, y las recomendaciones de políticas que implicaban, en que se basaba la economía por él llamada “clásica” y que consistía en los desarrollos de “los continuadores de Ricardo, es decir, aquellos que adoptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana incluyendo, por ejemplo, a J. S. Mill, Marshall, Edgeworth y al profesor Pigou” (Keynes, 1965, cap. 1).

Para este pensamiento “clásico”, la gran fortaleza del capitalismo era su capacidad de autorregulación y eficiencia en el empleo y la distribución de los recursos económicos. En este esquema de ideas, no había lugar para preocuparse por ninguna crisis, en todo caso, si existiera un desbalance en los niveles de producción, demanda y empleo, sería transitorio ya que el funcionamiento del mercado se encargaría de corregirlo. El rol de la política era sólo el de velar por el funcionamiento del mercado, evitando las regulaciones artificiales que pudieran obstruirlo y, llegado el caso, tratando de contener la formación de monopolios, considerados como organizaciones rentísticas que evitaban la producción y circulación de bienes y de capital en toda su potencialidad, siendo “evidente que en una sociedad que funcionara de acuerdo a los postulados clásicos debería existir una tendencia natural hacia el empleo óptimo de los recursos” (Keynes, 1965, cap. 3).

La cuestión que plantea Keynes en su *General Theory* es la posibilidad concreta de la existencia de niveles elevados de desempleo por tiempo prolongado, ocasionados por una deficiencia de la demanda agregada, y para comprender teóricamente esta posibilidad su objetivo era el de criticar la “economía ricardiana” rehabilitando el “principio de la demanda efectiva” originalmente propuesto por Malthus en sus *Principles of Political Economy* de 1820 y usado por él para rechazar las afirmaciones de Ricardo y Say acerca de la imposibilidad de una situación de sobreproducción general en los mercados, dado que “la demanda efectiva no es más que la oferta de una mercancía a cambio de otra que ha costado el mismo trabajo” (Malthus, 1946, libro II, cap. I, sección III).

En este sentido, Keynes se declara continuador de Malthus y del “principio de la insuficiencia de la demanda efectiva”, y portavoz de una tradición intelectual que plantea la estructuralidad del problema del desempleo y la necesidad de una política activa para solucionarlo, tradición cuyos orígenes remonta hasta las primeras discusiones entre mercantilistas y anti-mercantilistas del siglo XVII. En el capítulo 23 de la *General Theory*, menciona a las primeras figuras de esta tradición crítica de la “frugalidad excesiva”, entre las que incluye a William Petty (1623-1687), Nicholas Barbon (1623-1698), y Bernard de Mandeville (1670-1733), quienes opinaban que a pesar de su aparente frivolidad, los gastos en bienes de lujo, en “diversiones y espectáculos suntuosos”, o en “palacios y arcos triunfales”, contribuían a dar empleo e ingresos a la población.

Quizá Mandeville, con su influyente y controvertida obra de 1714 titulada *The Fable of the Bees or, Private Vices, Public Benefits*, haya sido uno de los exponentes más retóricos de la interrelación entre el gasto, la producción y el empleo, y de las consecuencias sociales benéficas no intencionadas de las acciones individuales, explicando cómo es posible incluso que los “vicios privados” se conviertan en “beneficios públicos”:

Como esta prudente economía, que algunos llaman ahorro es en las familias privadas el método más certero para aumentar su patrimonio, igualmente se imaginan algunos que, ya sea un país infecundo o fructífero, el mismo método (que ellos creen practicable) tendrá efectos idénticos si se practica por la generalidad en toda una nación; y que por ejemplo, los ingleses podrían ser mucho más ricos de lo que son, si fueran tan frugales como algunos de sus vecinos. Esto a mi entender, es un error.

El gran arte para hacer que una nación sea feliz y lo que llamamos floreciente, consiste en dar a todos y cada uno la oportunidad de estar empleado; y para obtenerlo, hágase que la primera preocupación del gobierno sea promover una variedad tan grande de manufacturas, artes y oficios como la inteligencia humana pueda inventar.³

Según Keynes, esta tradición intelectual promotora del consumo y el gasto como impulsores del empleo fue ensombrecida por las ideas de Smith, quien enarbo-

³ Extracto del libro *The Fable of the Bees or, Private Vices, Public Benefits*, de Bernard de Mandeville, citado en Keynes, 1965, cap. 23.

lando la bandera de la frugalidad y el puritanismo económico, escribió “lo que es prudencia en la conducta de toda familia privada, escasamente puede ser insensatez en la de un gran Reino”; probablemente refiriéndose al anterior pasaje de Mandeville (Keynes, 1946, cap. 23).

III. La autorregulación de los mercados y el progreso económico en el pensamiento de Smith y Say

Tanto para Smith como para Say, una de las principales características de la economía de mercado es su capacidad para “poner en circulación” las fuerzas productivas de las naciones. Para ellos, la propiedad, el mercado y la competencia son las instituciones que organizan a una sociedad de individuos libres, es el espacio en donde los “intereses egoístas” de las personas terminan generando un “bienestar social” para todos, es decir, donde funciona “la mano invisible”. Y no sólo eso, también el mercado (como espacio donde confluyen gran parte de las “pasiones” que mueven a los individuos) se encargará de corregir cualquier desviación del sendero de crecimiento y acumulación del capital de una sociedad, dando lugar a un progreso continuado de la riqueza y el bienestar.

Smith publica en 1776 su famoso tratado *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, y en el capítulo *Of the Accumulation of Capital, or of Productive and Unproductive Labour*, narra con gran retórica su apología de la frugalidad como el motor del progreso social:

Los capitales aumentan con la sobriedad y la parsimonia, y disminuyen con la prodigalidad y la disipación. Todo lo que una persona ahorra de su ingreso lo acumula a su capital y lo emplea en mantener un mayor número de manos productivas, o facilita que otra persona lo haga, prestándosele a cambio de un interés o, lo que viene a ser lo mismo, de una participación en la ganancia. Así como el capital de un individuo sólo puede aumentar con lo que ahorre de sus ingresos anuales o de sus ganancias, de igual suerte el capital de una sociedad, que coincide con el de sus individuos, no puede acrecentarse sino en la misma forma.

La sobriedad o parsimonia y no la laboriosidad es la causa inmediata del aumento del capital. La laboriosidad, en efecto, provee la

materia que la parsimonia acumula, pero por mucho que fuese capaz de adquirir aquella, nunca podría lograr engrandecer el capital, sin el concurso de esta última.

La parsimonia, al aumentar el capital que se destina a dar ocupación a manos productivas, contribuye a aumentar el número de aquellas cuyo trabajo agrega algún valor a la materia que elaboran, contribuyendo así a incrementar el valor de cambio del producto anual de la tierra y del trabajo del país. Pone en movimiento una cantidad adicional de actividad laboriosa que da un valor adicional a ese producto anual. (Smith, 1937, libro II, cap. 3).

Este ciclo virtuoso de frugalidad, acumulación de capital y progreso económico es la clave para entender la diferencia entre las naciones ricas y las pobres. En su argumento, considera que todo lo que una sociedad ahorra lo invierte inmediatamente, ya sea que los propios individuos que ahorran lo inviertan directamente o que lo canalicen a través de un mercado de crédito donde una tasa de interés establece el precio del préstamo del capital (Smith, 1937, libro II, cap. 4). Cuando el ahorro es escaso, la tasa de interés es alta, y la acumulación es baja, y ésta es la característica de los países pobres. Cuando el ahorro es abundante, la tasa de interés es baja, y la acumulación es alta, y ésta es la característica de los países ricos. Por lo tanto, la tasa de interés refleja la mayor o menor frugalidad de las sociedades y sus posibilidades de progreso (Smith, 1937, libro II, cap. 3).

Es cierto, dice Smith, que el gasto en consumo también es una fuente de empleo, pero de consecuencias muy distintas a las del ahorro. Mientras que el gasto contribuye a mantener a una clase de “trabajadores improductivos”, es decir, que no producen ningún producto a cambio del salario que reciben sino que sólo brindan “servicios personales”, el ahorro mantiene a la clase de “trabajadores productivos” que contribuyen al aumento de la producción del país, tanto presente como futura, gracias a la acumulación de capital y el incremento de la capacidad productiva:

Aquella porción de su renta que gasta anualmente el rico, se consume, en la mayor parte de los casos, por los criados y huéspedes ociosos, que nada producen aparte de lo que consumen. Sin embargo, la proporción de la renta que ahorra al cabo del año, cuando se emplea en la consecución de una ganancia se emplea en

concepto de capital, y se consume en la misma forma y poco más o menos en el mismo período de tiempo, pero por una clase distinta de gente, los manufactureros, trabajadores y artesanos, que reproducen, con una ganancia neta, lo que anualmente consumen. (Smith, 1937, libro II, cap. 3).

Smith afirma, entonces, que “siempre resultará que todo pródigo es un enemigo de la sociedad, y todo hombre sobrio, un benefactor de la misma” (Smith, 1937, libro II, cap. 3), rechazando de este modo la tesis de Mandeville. Es más, para él la frugalidad privada contrarresta la constante prodigalidad de los gobiernos, y cuando los países crecen lo hacen a pesar de sus gobiernos y no gracias a ellos:

Las grandes naciones nunca se empobrecen por la prodigalidad o la conducta errónea de algunos de sus individuos, pero sí caen en esa situación debido a la prodigalidad y a la disipación de los gobiernos. En casi todos los países, la totalidad o la mayor parte de los ingresos públicos se emplea en el sostenimiento de manos improductivas. Tales son las personas que componen una corte espléndida, un poderoso estamento eclesiástico y los grandes ejércitos y flotas que en época de paz no producen nada, y en tiempo de guerra nada adquieren que pueda compensar el gasto de sostenerlas. (Smith, 1937, libro II, cap. 3).

Sin embargo, a medida que el ahorro y la acumulación de capital hacen que las industrias de la nación produzcan cada vez una mayor cantidad de bienes, Smith advierte que se hace necesario enviarlos al exterior para evitar que la sobrea-bundancia haga caer el empleo productivo:

Cuando el producto de una industria particular excede la demanda del país, el excedente ha de ser enviado al exterior para cambiarse por otros bienes para los cuales existe una demanda en el propio país. Si no tuviera lugar esa exportación, cesaría parte del trabajo productivo del país, disminuyendo el valor de su producto anual (...) Sólo por medio de esta exportación puede adquirir aquel excedente un suficiente valor para compensar el trabajo y los costos de su producción. (Smith, 1937, libro II, cap. 5).

Este pasaje es interesante porque da pie a la pregunta que luego se harán Sismondi y Malthus acerca de la posibilidad de que todas las industrias generen al mismo tiempo un excedente tal que no encuentre demanda suficiente para compensar su costo de producción. Smith resuelve este posible problema apelando a la demanda externa, y no a la interna, y aunque no sabemos si hubiera rechazado el principio que más tarde formularía Say, y compartiría Ricardo, acerca de que la producción crea su propia demanda, de sus palabras pareciera posible inferir algún tipo de reparo al respecto. Sin demanda externa, la demanda interna no sería capaz de comprar toda la producción doméstica, el valor de esta producción caería por debajo de los costos, disminuyendo así el empleo productivo y el nivel de producción. De este modo, la continuidad del crecimiento depende de contar siempre con una demanda externa en expansión. Sin embargo, en ningún momento habla de la necesidad de aumentar la demanda interna ante la posibilidad de una sobreproducción general, como luego lo harán Malthus y Sismondi.

En el capítulo XV del *Traité d'Economie Politique*, originalmente publicado en 1804 y varias veces ampliado y reeditado, Say explica su principio del funcionamiento de los mercados, afirmando que “la compra de un producto no puede hacerse más que con el valor de otro”, argumentando de esta manera en contra de lo que él denomina la popular idea según la cual “no hay ventas porque el dinero es escaso”, dado que el dinero es un mero intermediario entre la venta y la compra de productos:

Vale la pena señalar que un producto terminado ofrece, desde ese preciso instante, un mercado a otros productos por todo el monto de su valor. En efecto, cuando el último productor termina un producto, su mayor deseo es venderlo, para que el valor de dicho producto no permanezca improductivo entre sus manos. Pero no está menos apresurado por deshacerse del dinero que le provee su venta, para que el valor del dinero tampoco quede improductivo. Ahora bien, no podemos deshacernos del dinero más que motivados por el deseo de comprar un producto cualquiera. Vemos entonces que el simple hecho de la formación de un producto abre, desde ese preciso instante, un mercado a otros productos. (Say, 2001, libro I, cap. 15).

Sostiene entonces que no hay que creer que “las ventas son escasas porque el dinero es escaso, sino porque los demás productos lo son”. Debido a esto, cuando en algunos mercados resulta que existe un exceso de oferta, es decir,

de productos que no se venden, es porque en otros mercados hay un faltante de oferta, es decir, de productos que no se hacen:

¿De dónde viene, me preguntarán, esa cantidad de mercancías que en ciertas épocas atestan la circulación, sin poder encontrar compradores? ¿Por qué esas mercancías no se compran unas a otras? Contestaré que las mercancías que no se venden, o se venden con pérdidas, superan la suma de las necesidades que se tiene de ellas, ya sea porque se produjeron en cantidades demasiado considerables, o más bien porque otras producciones mermaron. Algunos productos son abundantes porque otros llegaron a escasear. (Say, 2001, libro I, cap. 15).

Estos desbalances entre la oferta y la demanda son ocasionados cuando factores externos a los mercados obstruyen su buen funcionamiento y autorregulación. Sin la injerencia de estos factores externos y perturbadores, entre los que cuenta la impericia de los gobiernos, “un tipo de producción tomaría raras veces la delantera sobre las demás, y raras veces sus productos se depreciarían si todos dispusieran siempre de completa libertad”:

Podemos señalar que las épocas en que ciertos productos no se venden bien son precisamente aquellas en que otros productos alcanzan precios excesivos; y como esos altos precios serían incentivos para favorecer su producción, es necesario que causas mayores o medios violentos como desastres naturales o políticos, la codicia o la impericia de los gobiernos, mantengan forzosamente por un lado esa escasez que provoca la falta de salida por el otro. Cuando cesa esta causa de enfermedad política, los medios de producción se orientan hacia los caminos en que la producción permaneció retrasada; al avanzar por ellos se favorece el adelanto de la producción en todos los demás. (Say, 2001, libro I, cap. 15).

Al igual que Smith, Say relata los males que esperan a una sociedad de pródigos y el grueso error de considerar al consumo como el motor del empleo. Según Say, la *Economía Política* es la ciencia que tiene por objetivo ilustrar a los individuos y los gobiernos en los verdaderos principios del progreso de las sociedades:

¡En qué error no cayeron quienes, viendo en líneas generales que la producción siempre iguala al consumo (pues es necesario que lo que se consume haya sido producido), consideraron el efecto como la causa, plantearon como un principio que sólo el consumo improductivo provocaba la reproducción, que el ahorro era directamente contrario a la prosperidad pública y que el ciudadano más útil era el que más gastaba!

Los partidarios de dos sistemas opuestos, el de los economistas⁴ y el de la balanza comercial⁵, hicieron de esta máxima un artículo fundamental de su fe. Los manufactureros, los comerciantes que sólo tienen en cuenta la venta actual de sus productos, sin buscar las causas que los hubieran hecho vender más, respaldaron una máxima al parecer tan conforme a sus intereses; los poetas, siempre un poco seducidos por las apariencias, y no considerándose obligados a ser más sabios que los hombres de Estado, celebraron el lujo en todos los tonos, y los ricos se apresuraron a adoptar un sistema que representa su ostentación como una virtud y sus goces como buenas acciones.

Pero los progresos de la economía política, al dar a conocer las verdaderas fuentes de la riqueza, los medios de producción y los resultados del consumo, harán caer para siempre ese prestigio. (Say, 2001, libro III, cap. 5).

Obviamente Say también critica las ideas de pensadores como Sismondi a favor de promover el consumo interno, mencionándolo incluso explícitamente en una nota al pie en su capítulo sobre el funcionamiento de los mercados de una de las ediciones posteriores del *Traité*:

El señor Sismondi, que parece no haber entendido bien los principios establecidos en este capítulo y en los tres primeros del libro segundo de esta obra, cita, como prueba de que se puede producir demasiado, esa enorme cantidad de productos manufacturados con los que Inglaterra recarga los mercados extranjeros. Esa superabundancia no demuestra más que la insuficiencia de la producción en los

⁴ Se refiere a las ideas de los fisiócratas franceses liderados por *Francois Quesnay* (1694-1774).

⁵ Se refiere a toda la tradición de los llamados *mercantilistas*.

lugares donde son sobreabundantes las mercancías inglesas. Si Brasil produjera lo suficiente para comprar los productos ingleses que entran al país, esos productos no se atascarían ahí. Para ello sería necesario que Brasil fuera más industrial, que poseyera más capitales, que sus aduanas permitieran toda la libertad sobre la elección de las mercancías que se considera llevar al país, que las aduanas inglesas ya no fueran un obstáculo para la entrada a Inglaterra de las mercancías de Brasil y que dejaran toda la libertad sobre la elección de las compensaciones. (Say, 2001, libro I, cap. 15).

De este modo, tanto para Smith como para Say, el ahorro, la acumulación y la libertad en el funcionamiento de los mercados, bastan por sí solos para llevar a las naciones a obtener niveles de riqueza, bienestar, progreso, e incluso “civilización”, cada vez mayores.

IV. La defensa de Ricardo al principio de Say

En el capítulo 21 de sus *Principles of Political Economy and Taxation*, cuya primera edición se publicó en 1817, Ricardo analiza el problema de la sobreproducción en el marco de los “efectos de la acumulación sobre las utilidades e intereses”. Preguntándose acerca de si puede darse el caso de una situación de exceso de oferta generalizada, causada por una acumulación de capital demasiado elevada, opina, siguiendo a Say, que como “las producciones se compran siempre con producciones”, “puede producirse en exceso una determinada mercancía cuyo mercado esté tan saturado que el capital gastado en ella no produzca la utilidad habitual; pero éste no puede ser el caso respecto de todas las mercancías” (Ricardo, 1959, cap. 21).

Dando por válido el principio de Say, afirma que no puede darse el caso de que exista una situación duradera de capital no utilizado en un país a causa de una deficiencia de la demanda, porque como la producción crea su propia demanda, si hay producción entonces habrá la suficiente demanda para comprar lo producido:

Ningún hombre produce sin la intención de consumir o vender lo que produce, y nunca vende sin la intención de, a su vez, comprar algún otro producto, el cual puede ser para su uso inmediato o para contribuir a la producción futura. Al producir, entonces, él necesi-

riamente se convierte o en el consumidor de su propia producción, o en el comprador y consumidor de la producción de alguna otra persona. No hay que suponer que el productor pudiera, por algún lapso de tiempo, estar mal informado acerca de los bienes que él pudiera producir de la forma más ventajosa, para alcanzar el objetivo que persigue, que es la posesión de otros bienes; y por lo tanto, no es probable que continúe produciendo bienes para los cuales no hay demanda. (Ricardo, 1959, cap. 21).

Cuando un determinado bien está siendo producido en exceso de su demanda, de forma tal que el precio de mercado no alcance para pagar los beneficios normales del capital que se ha empleado en producirlo, entonces el capital dejará de invertirse en la producción de ese bien y se destinará a la producción de otros para los cuales el precio de mercado haga rendir una tasa de beneficios mayor.

En una sociedad siempre habrá necesidades de consumo insatisfechas y en general todas las personas tienen algo que dar a cambio para satisfacer estas necesidades. Esta es la razón que da Ricardo, siguiendo a Smith, de por qué siempre habrá oportunidad de invertir el capital en forma rentable, y por lo tanto continuar su acumulación. Una vez satisfechas las necesidades básicas de alimentos, surgen nuevas necesidades y deseos que motivan la producción y la acumulación de capital: “El deseo de alimento está limitado en todo hombre por la capacidad de su estómago, pero el deseo de las conveniencias y ornamentos de los edificios, del vestido, del equipamiento y de los muebles de un hogar pareciera no tener límite ni frontera cierta” (Ricardo, 1959, cap. 21).

En este sentido, sólo es posible que exista una producción excesiva si el capital sólo puede invertirse en donde la demanda es limitada, es decir, en la producción de alimentos:

Hay sólo un caso, y el que será temporario, en el que la acumulación de capital con bajos precios de los alimentos puede ocasionar una caída de beneficios; y es cuando los fondos para el mantenimiento del trabajo se incrementan mucho más rápido que la población; los salarios serán entonces altos y los beneficios bajos. Si todo hombre abandonara el uso de lujos y se interesara sólo en la acumulación, puede ser producida una cantidad de productos de primera necesidad para la cual pudiera no haber consumo inmediato alguno. Para

bienes como estos tan limitados en número, podría haber sin dudas una sobreproducción generalizada y consecuentemente podría no haber ni demanda para cantidades adicionales de estos bienes ni beneficios sobre el mayor capital empleado. Si los hombres dejan de consumir, dejarán de producir. Pero esta admisión no impugna el principio general. (Ricardo, 1959, cap. 21).

Por lo tanto, dado que las necesidades generales son siempre ilimitadas, lo único que requiere la demanda son los ingresos o “los medios, y nada puede proporcionarlos como no sea un aumento de la producción”. De esta manera, Ricardo da por sentado el hecho de que toda producción no es otra cosa que la obtención de los medios para hacer efectiva la demanda, es decir, la forma en que la sociedad procura la satisfacción de sus necesidades. No es posible entonces imaginar una situación donde exista producción sin demanda, dado que la demanda precede a la producción, y la producción es sólo la forma de hacer efectiva esa demanda.

Es así como Ricardo no considera posible la ocurrencia de una crisis de sobreproducción, es decir, una sobreproducción generalizada que paralice la acumulación de capital y el crecimiento, ni tampoco un desequilibrio entre la oferta y la demanda agregada que no sea transitorio y no se corrija por la autorregulación de los mercados:

Cuando los precios de mercado de las mercancías bajan a causa de una oferta abundante, de una disminución de la demanda, o de un alza de la renta, el productor de manufacturas acumula naturalmente una cantidad inusual de bienes terminados, que no desea vender a precios demasiado bajos. Para cubrir sus obligaciones normales, circunstancia que solía depender de la venta de sus productos, tiene ahora que acudir al crédito, obligándose a menudo a pagar una elevada tasa de interés. Sin embargo, esta circunstancia es temporal, pues o bien las expectativas del productor estaban bien fundadas y sube el precio de mercado de sus productos, o bien descubre que la caída de la demanda es permanente y no puede resistir más el curso de los acontecimientos: los precios bajan, y el dinero y el interés recobran su valor real. (Ricardo, 1959, cap. 21).

En su esquema de la dinámica de una economía, el único peligro que enfrenta la acumulación del capital y la producción, se da cuando la limitación de la tierra y sus rendimientos decrecientes elevan el precio de los alimentos, y con estos los salarios, hasta un punto tal que no quedan beneficios para el capital y entonces la acumulación se detiene:

No hay ningún límite a la demanda, ningún límite al empleo del capital mientras rinda algún beneficio, y a pesar de lo abundante que pueda llegar a ser el capital, no hay ninguna otra razón adecuada para una caída de los beneficios que el aumento de los salarios, y la única causa adecuada y permanente para el aumento de los salarios es la creciente dificultad de proveer alimentos y productos necesarios para la vida al creciente número de trabajadores.
(Ricardo, 1959, cap. 21).

La preocupación de Ricardo está puesta en esta tendencia decreciente de las utilidades del capital. Gran parte de los *Principles* es un intento de analizar la naturaleza de la renta de la tierra y su interdependencia con la acumulación de capital. A medida que más acumulan, los capitalistas pierden participación en el ingreso nacional a causa del aumento más que proporcional de la renta de los propietarios de la tierra. En el esquema ricardiano, esta tendencia hacia el estancamiento se ve contrarrestada en gran parte por el comercio internacional, que le permite a un país abundante en capital importar alimentos baratos a cambio de manufacturas. De esta manera, la intervención de los gobiernos debe centrarse en establecer políticas de desregulación del comercio exterior y promoción de las exportaciones, dejando que el funcionamiento de los mercados corrija los desequilibrios temporales entre la oferta y la demanda agregadas.

V. La crítica de Sismondi y Malthus al principio de los mercados y la autorregulación de Say y Ricardo

En 1803 se publica el primer libro de economía política del suizo Simonde (luego se lo conocería como Simonde de Sismondi) titulado *De la Richesse Commerciale ou Principes de l'Economie Politique*, calificado por Ricardo como excelente obra en el capítulo 29 de sus *Principles*. Luego de un tiempo durante el cual se dedicó a publicar trabajos de historia, en 1815 se conoce en la *Edinburgh Encyclopaedia* un largo artículo de su autoría llamado *Political Economy*, y

finalmente en 1819 presenta su *opus magna* sobre economía política titulada *Nouveaux Principes d'Economie Politique ou de la Richesse Dans ses rapports avec la Population*.

Defensor de Smith, del que afirma que “nunca un filósofo había llevado a cabo una revolución tan completa de una ciencia” (Sismondi, 1969, cap. 1), el principal postulado teórico que caracteriza el pensamiento de Sismondi, tanto en la *Political Economy* como en los *Nouveaux Principes*, es la necesidad de diferenciar entre el ingreso anual y el producto anual. Sostiene que la única forma de explicar correctamente los hechos que se observan en las economías y el comercio es a partir de esta diferenciación, cuestión que ha llevado a errores, según su interpretación, a los principales economistas de su época, en referencia a Say y Ricardo:

Ningún hecho se nos representa en tantos lugares y bajo tantas apariencias, como la desproporción entre los medios de consumo y los medios de producción, la imposibilidad de los productores de renunciar a una industria porque declina, y la certidumbre de que sus filas no se reducen más que por las quiebras. ¿Cómo puede ser que los filósofos no hayan querido ver lo que de todas partes salta a la vista del vulgo?

El error en el que caen se debe por completo a un principio falso, el de que a sus ojos la producción anual es la misma cosa que el ingreso. El Sr. Ricardo, siguiendo al Sr. Say, lo repite y lo afirma. (Sismondi, 1827, libro IV, cap. 4).

Para Sismondi, el error de Say y Ricardo surge de aceptar el principio de que toda producción tiene la intención de un consumo o una venta y toda venta la de una compra, por lo que el valor de la producción tiene que ser igual al valor del ingreso, y bajo este principio, dice Sismondi, “es absolutamente imposible comprender o explicar el hecho más demostrado de todos en la historia del comercio, que es la sobreabundancia de oferta de productos en los mercados” (Sismondi, 1827, libro IV, cap. 4).

Según Sismondi, en las naciones ricas como Inglaterra, la producción está determinada no por las necesidades domésticas sino por la abundancia del capital, y cuando esta abundancia sobrepasa a las necesidades de consumo se genera

una crisis. La forma en que explica cómo Inglaterra supera estas crisis de sobreproducción y mantiene el crecimiento de su industria y su capacidad productiva, es a través de las exportaciones a crédito que realiza al resto del mundo, en particular a las colonias americanas:

La apertura del inmenso mercado que la América española ofrece a los productores industriales me parece el acontecimiento que mejor podría dar cauce a las manufacturas inglesas. El gobierno británico lo juzga de la misma forma, y durante los siete años que siguieron a la crisis comercial de 1818 se realizó una actividad extraordinaria para hacer penetrar el comercio inglés hasta las partes más alejadas de México, Colombia, Brasil, el Río de la Plata, Chile y Perú. (...) Pero por más inmensa que haya sido la apertura que ofreció la América libre, no hubiera bastado para absorber todas las mercancías que Inglaterra producía por sobre sus necesidades de consumo, si los préstamos que tomaron estas nuevas repúblicas no hubieran aumentado desmesuradamente sus medios para comprar las mercancías inglesas. (Sismondi, 1827, libro IV, cap. 4).

Al igual que los fisiócratas, Sismondi resalta el carácter circular de la causalidad en la determinación del ingreso y la producción, y la necesidad de que se mantengan las proporciones adecuadas en su crecimiento:

Por medio de una concatenación circular, en la cual cada efecto se convierte a su vez en causa, la producción proporciona renta, la renta suministra y regula un fondo consumible, el cual vuelve a originar producción y determina su cuantía. La riqueza nacional continúa aumentando y el Estado prospera mientras estas tres cantidades, que son proporcionales entre sí, continúen aumentando de manera gradual; pero en cuanto la proporción entre ellas se rompe, la nación decae.

Por esto las naciones incurren en peligros que parecen incompatibles: se arruinan lo mismo gastando demasiado mucho que demasiado poco. Una nación gasta demasiado cuando sobrepasa su renta, porque no puede hacerlo excepto a costa de su capital y disminuyendo con ello la producción futura. (...) Una nación gasta demasiado poco cuando, careciendo de comercio exterior, no con-

sume su propia producción, o cuando gozando de comercio exterior, no consume el exceso de su producción sobre su exportación. (Sismondi, 1969, cap. 2).

Sismondi advierte que a medida que la industria crece y se despliega todo el excedente hacia el comercio exterior, mientras las posibilidades de consumo interno quedan rezagadas, las magnitudes de las crisis serán cada vez mayores, y cuando por cualquier motivo de caída en la demanda externa se detengan las exportaciones se habrá generado una población de obreros industriales desempleados que quedará en la miseria. La concentración de la industria en pocas manos, y la maquinaria introducida para expandir la producción sustituyendo obreros, contribuyen también a ampliar la brecha entre producción y demanda, poniendo en jaque el progreso económico general. En este sentido, la conclusión de su artículo de 1815 es desoladora:

Cuando por fin el mercado mundial se encuentra suficientemente abastecido, y se han producido nuevas reducciones de trabajadores; cuando los braceros han sido despedidos del campo, los hiladores de las manufacturas de algodón, los tejedores de las de paños; cuando cada día una máquina nueva ocupa el lugar de varias familias, mientras ninguna nueva demanda les ofrece una ocupación o un medio de vida; la miseria ha alcanzado su cenit, y uno comienza a lamentar el progreso de esta civilización que, al congregarse en el mismo espacio de tierra a un mayor número de individuos, sólo ha multiplicado su infortunio, mientras en los desiertos por lo menos hubiera sido menor el número de víctimas. Uno también lamenta que los gobiernos lo hayan estudiado demasiado tarde, y hayan descuidado con demasiada frecuencia los preceptos de una ciencia que, al enseñar el origen de la prosperidad nacional, señala ya de antemano su peligro y las causas de su destrucción. (Sismondi, 1969, cap. 7).

Para Sismondi los gobiernos tienen que cumplir una función “reguladora” del proceso de crecimiento de la riqueza, intentando promover el crecimiento proporcional entre la producción y el consumo. Ni un aumento de los capitales por sobre las necesidades de la industria que los emplea, ni un aumento de la población por sobre la demanda de trabajo, son situaciones deseables; el “deber del gobierno consiste en ralentizar estos movimientos, para regularizarlos” (Sismondi, 1827, libro IV, cap. 8).

Malthus, a pesar de sus declaradas diferencias con Sismondi en varios puntos de la teoría económica, en particular en sus ideas acerca de la población y de la renta, comparte su preocupación por la cuestión de la demanda agregada y el estancamiento que puede producirse a causa de una oferta sobreabundante.

En el capítulo primero del segundo libro de sus *Principles of Political Economy*, cuya primera edición es del año 1820, Malthus estudia el problema “del progreso de la riqueza”. En estas páginas desarrolla su teoría sobre la posibilidad de ocurrencia de las crisis de superproducción o de subconsumo, y el peligro que ellas representan para el crecimiento económico de una nación. Su primera afirmación es que el progreso de la riqueza en un país puede verse detenido o disminuido sin estar esto causado por deterioro alguno de la capacidad de producción o de los factores productivos:

Los que conocen la naturaleza de la demanda efectiva se darán perfecta cuenta de que, donde existe la institución de la propiedad privada y se satisfacen las necesidades de la sociedad por la industria y el cambio, por muy intensos que sean los deseos de cualquier persona de poseer las cosas necesarias, útiles y agradables para la vida, no contribuirá en modo alguno a su producción si no existe una demanda recíproca de algo que ésta posea. Un hombre que no posea más que su trabajo, tendrá o no tendrá una demanda efectiva de productos, según que exista o no exista una demanda de su trabajo por parte de quienes posean los productos. Y no puede haber nunca una demanda de trabajo productivo con vistas a la obtención de utilidades a menos que el producto que de él pueda obtenerse sea de mayor valor que el trabajo que lo obtuvo. No pueden emplearse en ninguna industria nuevos brazos por el sólo hecho de que exista una demanda de sus productos por parte de las personas empleadas en ella. No habrá ningún agricultor que se tome el trabajo de dirigir la labor de diez hombres por el simple hecho de que pueda vender en el mercado toda su producción a un precio exactamente igual al que les pagó. Tiene que existir algo en el estado anterior de la demanda o la oferta de la mercancía en cuestión, o en su precio, previa e independientemente de la demanda ocasionada por los nuevos obreros, para justificar el empleo de un número mayor de hombres en su producción. (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección II).

Por lo tanto, es evidente en teoría y también observando la experiencia, dice Malthus, “que cuando no se requiere una cantidad adicional de trabajo, el aumento de población encontrará pronto un obstáculo a su crecimiento en la falta de empleo y en la mala retribución que recibirán los que estén trabajando, y no existirá el estímulo necesario a un aumento de riqueza proporcional a la capacidad productiva” (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección II). De esta manera es incorrecta, según él, la opinión acerca de que el único estímulo que necesita el aumento de la producción sea el crecimiento de la población y el consecuente aumento de las necesidades que ésta generaría: “casi en todas partes la riqueza real que poseen las naciones que conocemos es muy inferior a sus capacidades de producción, y entre esas naciones sucede a menudo que progresa menos la riqueza de aquellas en que es mayor el estímulo que surge de la población por sí sola, es decir, en los países en que la población presiona con más fuerza contra los límites reales de los medios de subsistencia” (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección II).

La crítica de Malthus se dirige, como él mismo lo hace explícito, a la opinión de Say y de Ricardo de que “las mercancías compran a las mercancías” y que, en consecuencia, no es posible la persistencia de una situación de exceso general de oferta de bienes:

Algunos escritores muy inteligentes han pensado que si bien no es difícil que se produzca un abarrotamiento de ciertas mercancías, no es posible que éste sea general, porque según ellos, como las mercancías siempre se cambian por mercancías, la mitad de éstas proporcionará un mercado para la otra mitad y, al ser la producción la única fuente de demanda, un exceso en la oferta de un artículo sólo demuestra la deficiencia en la oferta de algún otro, y es imposible un exceso general. (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección III).

Malthus niega esta afirmación postulando que es falso que siempre las mercancías se cambien por otras mercancías: “muchísimos productos se cambian directamente por trabajo productivo o por servicios personales”, y es este hecho el que ocasiona que puedan existir momentos en donde un exceso de producción haga que las mercancías bajen de valor en relación al trabajo por el que se intercambiarán, generando a su vez incentivos para disminuir la producción, lo que se traducirá en una caída de la demanda de trabajo y, por lo tanto, de la demanda efectiva.

Esta situación de exceso generalizado de producción en relación a la demanda efectiva ocurre, señala Malthus, cuando existe una tasa de ahorro y de acumulación de capital demasiado elevada, es decir cuando existe en la población un exceso de frugalidad en el consumo de bienes, principalmente por parte de las clases de mayores ingresos. En este caso:

Es evidente que habría en el mercado una cantidad anormal de mercancías de todas clases, debido a que las personas que antes daban servicios personales se habrían convertido en trabajadores productivos como resultado de la acumulación de capital; el número total de obreros sería el mismo, y los terratenientes y capitalistas tendrían, por hipótesis, menos capacidad y deseo de comprar mercancías para su consumo, y en tales circunstancias el valor de aquellas bajaría necesariamente en comparación con el trabajo, de modo que disminuirían mucho las utilidades y se detendría durante algún tiempo la producción. Y esto es precisamente lo que se entiende por la palabra abarrotamiento, que en este caso es, sin la menor duda, general y no parcial. (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección III).

Malthus asigna mucha más importancia teórica y empírica a la separación entre costo de producción y valor de la producción. Mientras que, como vimos anteriormente, para Ricardo cualquier desvío entre el costo de producción y el valor de la producción desencadena un mecanismo automático de ajuste que lo corrige y que, por lo tanto, cualquier desajuste entre la oferta y la demanda es transitorio y parcial (es decir, localizado en algún o algunos mercados particulares), Malthus argumenta que este desajuste puede dar lugar a un proceso que lo potencie, generando una situación de estancamiento y desequilibrio generalizado:

Si se lleva la transformación de los ingresos en capital más allá de un cierto punto, entonces, como al disminuir la demanda efectiva de productos quedan sin empleo las clases trabajadoras, es evidente que si la adopción de costumbres frugales rebasa cierto límite, puede ir acompañada al principio por los efectos más desastrosos y después por una marcada depresión de la riqueza y la población. (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección III).

El error más grave de Say y Ricardo, afirma Malthus, es “suponer que la acumulación asegura la demanda; o que el consumo de los trabajadores emplea-

dos por aquellos que ahorran creará una demanda efectiva de mercancías de tal magnitud que dará impulso a un aumento continuado de la producción” (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección III). Por el contrario, este caso es un caso particular y para nada general, por lo que suponer que a través de una mayor frugalidad y ahorro un país aumentará más rápido su riqueza es una idea falaz, ya que “ninguna nación puede enriquecerse por una acumulación de capital que provenga de una disminución permanente del consumo; porque al acumularse más de lo que se necesita para satisfacer la demanda efectiva de productos, una parte perderá enseguida su utilidad y su valor, y dejará de poseer el carácter de riqueza” (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección III).

A pesar de su advertencia sobre los peligros de una elevada frugalidad para el progreso de la riqueza, Malthus reconoce que cierto nivel de frugalidad o ahorro es necesario para incrementar el capital de la sociedad, por lo que si todo el ingreso se consumiera y nada se ahorrara tampoco se lograría expandir la riqueza nacional:

Desde luego, no pretendemos decir que la frugalidad, o aun una disminución temporal de consumo, no sean a menudo utilísimas, y a veces indispensables para el progreso de la riqueza. La extravagancia puede, sin duda, arruinar a un estado; y por ello no sólo puede ser necesaria una disminución de los gastos acostumbrados, sino una economía temporal del consumo (cuando el capital del país es deficiente comparado con la demanda de sus productos), de manera que pueda surgir una oferta tal de capital que proporcione medios suficientes para permitir un consumo mayor en el futuro. Lo único que pretendo es que ninguna nación puede enriquecerse por una acumulación de capital que provenga de una disminución permanente del consumo; porque, al acumularse más de lo que se necesita para satisfacer la demanda efectiva de productos, una parte perderá en seguida su utilidad y su valor y dejará de poseer el carácter de riqueza. (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección III).

Por grande que sea la capacidad de producción, afirma Malthus, ésta no basta por sí sola para asegurar la creación de una demanda efectiva proporcional (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección VI), por lo que se hace necesario generar las condiciones para un mayor crecimiento de la demanda. Para esto, las propuestas que menciona son la expansión del comercio interior y exterior; las in-

versiones en canales de distribución para dar cauce a la producción; las políticas de redistribución de la tierra para fomentar una división de la propiedad territorial que no sea en exceso desigual; y el mantenimiento de una proporción adecuada de la sociedad dedicada a servicios personales, es decir, capaz de tener una demanda de productos materiales sin contribuir directamente a su oferta (Malthus, 1946, libro II, cap. 1, sección VII).

De modo que tanto Sismondi como Malthus, advierten sobre los peligros de suponer, como lo hacen Say y Ricardo, que el funcionamiento de los mercados siempre equilibra los desbalances entre la oferta y la demanda agregada, manteniendo el nivel de producción en su máximo posible dados los recursos productivos existentes en un momento determinado; y sugieren que es necesaria la intervención de los gobiernos estimulando la demanda efectiva hasta un cierto punto y sobre la base del conocimiento de la ciencia de la economía política, para asegurar que el producto alcance y se mantenga en este nivel de pleno empleo, y así la acumulación y el crecimiento continúen.

VI. Conclusiones

El rápido recorrido que hemos hecho por el debate de principios de siglo XIX sobre la posibilidad de crisis de sobreproducción entre los principales continuadores de Adam Smith, demuestra claramente que ya desde entonces existe una marcada diferenciación teórica y política entre una tradición de economistas que, sobre la base de la afirmación del *principio de los mercados de Say*, cree que la macroeconomía se autorregula y tiende naturalmente hacia el pleno empleo de los factores productivos y el crecimiento potencial; y otra tradición que parte del supuesto contrario, al que podríamos llamar *principio del ingreso de Sismondi*, de que producción e ingreso son dos entidades diferentes, con tendencia incluso al desequilibrio, siendo necesaria algún tipo de intervención gubernamental para restaurar el balance entre ambas y promover el crecimiento.

Estas dos tradiciones, cada una de las cuales irá sumando adeptos y ampliando los puntos de debate a lo largo de la historia del pensamiento económico, continúan siendo aún hoy los dos principales modos de pensar e interpretar la macroeconomía contemporánea, y consecuentemente de formular las políticas macroeconómicas.

Referencias

Keynes, J. M. (1965). *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, edición en español de *The General Theory of Employment, Interest and Money* de 1936, Fondo de Cultura Económica, México.

Malthus, Th. R. (1946). *Principios de Economía Política*, edición en español de la segunda edición inglesa de los *Principles of Political Economy* de 1820, Fondo de Cultura Económica, México.

Ricardo, D. (1959). *Principios de Economía Política y Tributación*, edición en español de los *Principles of Political Economy and Taxation* de 1817, Fondo de Cultura Económica, México.

Say, J. B. (2001). *Tratado de Economía Política*, edición en español del *Traité d'Economie Politique* de 1804.

Simonde de Sismondi, J. C. L. (1827). *Nouveaux Principes d'Economie Politique ou de la Richesse dans ses Rapports avec la Population*, segunda edición en francés de la original de 1817, Libraire Delaunay, Paris. <https://archive.org/stream/nouveauxprincip01sismgoog>

Simonde de Sismondi, J. C. L. (1969). *Economía Política*, edición en español del artículo *Political Economy* de 1815, Alianza Editorial, Madrid.

Smith, A. (1937). *Investigación sobre la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones*, edición en español de *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* de 1776, Fondo de Cultura Económica, México.